

PEQUEÑA HISTORIA DE LA LLAMADA ACRACIA

EN LA EDAD DEL PASQUÍN:
LA RESISTENCIA UNIVERSITARIA
AL TARDOFRANQUISMO

PEQUEÑA HISTORIA DE LA LLAMADA ACRACIA

**EN LA EDAD DEL PASQUÍN:
LA RESISTENCIA UNIVERSITARIA
AL TARDOFRANQUISMO**

ANTONIO PÉREZ

Postmetropolis Editorial 2016



Postmetropolis Editorial

Mayo de 2016

Edición: Miguel *Gavioto* M. Muñoz

Corrección: Pablo Sánchez León

Maquetación: Miguel Ángel Gil Escribano

Diseño de la portada:

Miguel *Gavioto* M. Muñoz

Referencia:

Antonio Pérez, *Pequeña historia de la llamada acracia. La resistencia universitaria al tardofranquismo*, Madrid, Postmetropolis Editorial, 2016, 144 págs.

ISBN: 978-84-944500-3-7

INDICE

PROEMIO EN EL SIGLO XXI	7
PEQUEÑA HISTORIA DE LA LLAMADA ACRACIA	13
I - <i>Prolegómenos: el curso 1966-67 ¿los estudiantes con sus representantes?</i>	17
II - <i>Curso 1967-68: el año de la cólera</i>	34
III - <i>Principios del curso 1968-69: su ciencia, apedreada</i>	56
<i>Apéndice final: tres panfletos ácratas</i>	63
EN LA EDAD DEL PASQUÍN. LA RESISTENCIA UNIVERSITARIA EL TARDOFRANQUISMO	69
<i>Primera parte</i>	75
<i>Segunda parte</i>	107
<i>Referencias bibliográficas</i>	133
<i>Anexos</i>	135

PROEMIO EN EL SIGLO XXI

Medio siglo después de redactar el primero de los dos textos que componen este librito, heme aquí obligado a volver sobre aquellos pasos juveniles por la amabilidad y la imprudencia de los promotores de Postmetropolis Editorial. El anzuelo que escogieron para vencer mi natural vagancia fue que, a su parecer, en las dos partes que forman este florilegio de curiosidades se narran acontecimientos desconocidos para la mayoría de los estudiosos. Servidor picó con gusto porque a nadie le amarga un dulce y, especialmente, porque tenían toda la razón.

Ahora bien, ¿por qué es desconocida la sublevación de los estudiantes ácratas que estalló en el Madrid del año 1967? ¿Quizá porque se adelantó al Mayo del 68 francés en sus planteamientos teóricos e incluso, salvando las distancias, en sus travesuras prácticas? Pudiera ser, pero más bien sostengo que la causa primera de su ninguneo hay que buscarla en la censura que tirios y troyanos perpetran contra todo lo que huele a anarquismo.

A mi leal saber y entender, este ninguneo es una constante en la Historia contemporánea de Occidente. Algunos ejemplos recordados al buen tuntún: ¿quién está dispuesto a reconocer que Carl Einstein es el padre intelectual del arte moderno?, ¿quién oculta que Otto Gross fue el primer psicoanalista o que Kafka era asiduo al muy libertario *Mladych Klub*? Entre los infinitos eruditos sobre la Revolución rusa, ¿cuántos quieren recordar que Rodchenko, Tatlin, Malévich y Mayakovski se reunían en la incautada Casa Morozov y publicaban en la revista *Anarkhiia* hasta que, en abril de 1918, Lenin les encarceló y les obligó a que dejaran de sentirse ácratas?

Por lo tanto, en efecto, el único mérito que pueden tener los dos trabajos que siguen radica en que informan desde un punto de vista marginado sobre unos hechos desconocidos que más de uno conceptuará como irrelevantes pero que, para empezar, es-

tán en la raíz de la contemporaneidad —o en las antípodas de la posmodernidad— y, para terminar, revolucionaron las relaciones intelectuales aunque, justo es señalarlo, al elevado precio que hubieron de pagar sus galanas y galanes, actrices y actores radicalmente hedonistas sin la menor afición al sacrificio, pero que, con harta coherencia, sentían aún menor apego por la alienada —hoy, *tolerada*— supervivencia que les ofrecía la injusta sociedad de entonces. Que es, básicamente, la misma sociedad de ahora.

Item más, en este prólogo no voy a resumir ni menos a interpretar las dos partes que siguen en la confianza de que ellas bailan solas. Me limitaré a aclarar algunas menudencias sobre sus respectivos nacimientos y redacciones.

*Pequeña historia de la llamada Acracia*¹

Estas veinte mil palabras fueron escritas en Madrid. El abajo firmante, por entonces exiliado en Francia, había cruzado clandestinamente la frontera. Venía de participar en el Mayo del 68, no como espectador sino como activista inmerso de hoz y coz; es decir, peleando a diario tanto contra los CRS —antidisturbios— como contra los intrigantes y matones del Partido Comunista, francés y/o español. En París, habíamos comprobado que, en la revuelta callejera, los españoles estábamos infinitamente más adiestrados que nuestros amigos franceses, lo cual nos llevó a colegir que la democracia europea era muy frágil puesto que, a las primeras de cambio, el Estado presidido por De Gaulle —un general— recurría a una represión “a la franquista” que los españoles exiliados conocíamos demasiado bien.

Escondido en sucesivas casas de amigos, el terror franquista y/o la prudencia me aconsejaban no aparecer por los lugares frecuentados por los estudiantes revoltosos —y por los confidentes—. Mis colegas ácratas estaban presos o fugados por los rincones de España. Yo estaba en busca y captura. Sujeto a las desagradables condiciones que impone la clandestinidad pero *munido* de un buen archivo de los panfletos y documentos que había generado la Acracia universitaria, ¿qué podía hacer sino escribir sobre lo que tenía fresco en la memoria?

¹ La *Pequeña historia*... carga con el inmerecido honor de haber sido atribuida en alguna ocasión a mi dilecto amigo, el finado Agustín García Calvo. Así está fichada, por ejemplo, en el suizo *Centre International de Recherches sur l'Anarchisme* (CIRA) y en la italiana *Rete delle Biblioteche e Archivi Anarchici e Libertari* (REBAL). Gracias, colegas suizos e italianos, pero su autoría es mucho menos virtuosa.

A la hora de redactar, la primera opción a considerar giraba alrededor del término “ácratas”. Como se insinúa en el título —... la *llamada* Acracia—, nosotros no queríamos nombre alguno. Argumentábamos que, si hubiéramos sido obreros en el siglo XIX, hubiéramos sido “anarquistas”... pero éramos pequeños burgueses del siglo XX. En esta tesitura, al final no opusimos mayor resistencia a ser marcados con una etiqueta que fue corriente en tiempos menos monárquicos pero que, a finales del siglo XX, había caído en desuso.

Por otra parte, conste que nunca pretendimos ser originales sino todo lo contrario: dicho en expresión atribuida a Newton, nos sabíamos “enanos a hombros de gigantes”. Nos reconocíamos herederos de aquellos proto-egipcios que, *circa* 1.750 antes de nuestra era, se negaron a seguir construyendo esos infames mamotretos que son las pirámides. Y todavía hoy nos lamentamos de que la historia de Occidente no comience hace cuatro milenios con las primeras grandes rebeliones de las que se tiene constancia escrita sino con la interminable lista de los genocidas coronados.

El segundo punto a subrayar consistía en dejar claro que los ácratas no teníamos ningún contacto con los anarcosindicalistas del exilio, lo cual era cierto porque conocíamos varias capitales europeas, pero no Toulouse, ni siquiera Perpiñán. Pero, además de manifestar la verdad, en aquel otoño de 1968 era necesario no dar oportunidad a los jueces para que, so pretexto de que estaban confabulados con el terrorismo internacional, aumentaran el castigo a nuestros compañeros presos y/o procesados.

En suma, precauciones de toda laya —léase, autocensura— permearon la redacción del manuscrito. De ahí que no aparezcan los nombres de ninguno de los ácratas. Por elemental precaución, sólo aparecen las señas de algunos pocos estudiantes —no necesariamente ácratas— pero siempre en relación con incidentes de poca monta que habían sido aireados por la prensa franquista. De haber comenzado la redacción escasos meses más tarde, hubiera podido incluir las identidades de nuestros primeros muertos. Como muestra aleatoria y nada exhaustiva de la magnitud del desastre, las iniciales de cuatro de ellos, simpatizantes incluidos, aparecen en la dedicatoria de “En la edad del pasquín”.

En la edad del pasquín²

Estas treinta y cinco mil palabras tienen una edad menos provecta que la *Pequeña historia...* Son cosecha del año 2012 y padecen un origen muy distinto que estoy en la obligación de señalar: este texto no nació espontáneamente sino como la contraparte que yo ofrecía en un acuerdo verbal entre (supuestos) caballeros. El trato verbal consistía en que servidor les escribía una larga ponencia con abundancia de fuentes inéditas y narrativas de primera mano y ellos me proporcionaban datos sobre un torturador franquista, el tristemente famoso Billy el Niño, tras cuya pista andábamos unos cuantos ex presos políticos del tardofranquismo. Pues bien, tras entregar la ponencia en un magno evento de un PSOE de cuyo nombre no quiero acordarme, los contratantes de la otra parte me dieron menos datos del torturador de los que cualquiera podía conseguir en internet. En pocas palabras: yo cumplí; los otros “caballeros” faltaron al trato.

Con ello quiero decir que no es el artículo que me hubiera gustado redactar sino un texto autocensurado en aras de una conjura. Quisiera pensar que los faltones me estafaron por miedo al tal Billy, pero otras veces sospecho que la socialdemocracia lleva demasiado tiempo integrando el delito en su patrimonio genético. En más de un siglo, esos genes delincuenciales han evolucionado de la estafa a la traición. Así pues, me doy por satisfecho porque lo mío fue sufrir un delito comparativamente menor.

Por estas razones conspirativas, no me pareció elegante subrayar el papel de la Acracia. Pero algunos pormenores acráticos se deslizan entre las líneas de esta ponencia porque la cabra siempre tira al monte. En todo caso, si alguien quiere abundar en los detalles del parto con dolor pero autónomo de la acracia universitaria madrileña, puede estudiarlos en una obra dos años más reciente que esta “Edad del pasquín”: léanse las ciento treinta y cuatro páginas de *1968. El año sublime de la Acracia* de Miguel Amorós (Bilbao, Muturreko Burutazioak, 2014).

Coda

Finiquitado Franco, me dio por colegir que un ácrata debía continuar la pelea acompañando a aquellos que, por definición, tienen menos Poder: los pueblos indígenas. En consecuencia, desde el año 1976 hasta la fecha me he dedicado a estudiarles

² Circula por internet una versión de “En la edad del pasquín” reducida a 13.686 palabras, sin notas a pie de página ni anexos. Aquí se ofrece la versión completa: 34.418 palabras.

desde la antropología más ortodoxa y también desde el indigenismo. En ambas vertientes, he vuelto a tropezar con detritus del remoto pasado universitario, puesto que mis peores enemigos han sido aquellos *españolazos* que ahora se las dan de revoltosos pero que, en el 1968, no se atrevieron a salir del Alma Mater sino que se abismaron en ella al precio consabido —lamer el culo a los mandarines franquistas—. Por fortuna, tanto los indígenas como la mejor parte del gremio antropológico me acogieron con los brazos abiertos.

En cuanto a la política española, sólo volví al activismo para hacer campaña contra la OTAN en el referéndum que nos falsificó el enemigo interno —la socialdemocracia—. Pero conste en acta que ni siquiera en esa ocasión me significué bajo ninguna bandera. Hice como siempre, pues nunca tuve carnet de nada. Y así sigo, sin compadre ni partido ni sindicato ni perrito que me ladre. Cómoda o incómoda posición conservada a ultranza aunque sólo sirva para que el siguiente párrafo de la “Pequeña historia” pueda leerse como premonitorio:

[R]adicalizando hasta la exasperación a ciertas minorías, los estudiantes comprometidos encontrarían tras graduarse —suponiendo que lo hicieran— tales dificultades policíaco-técnico-sociales para conseguir un puesto en el sistema que forzosamente vendrían a constituirse en clase marginada pero activa (cf. en este volumen, p. 31).

Para que no se pudiera decir que fui pésimo profeta o por pura frivolidad, me apliqué el cuento y, desde hace décadas, perteneczo a la “clase marginada pero activa”. ¡Y a mucha honra!

Antonio Pérez, 12 abril 2016

